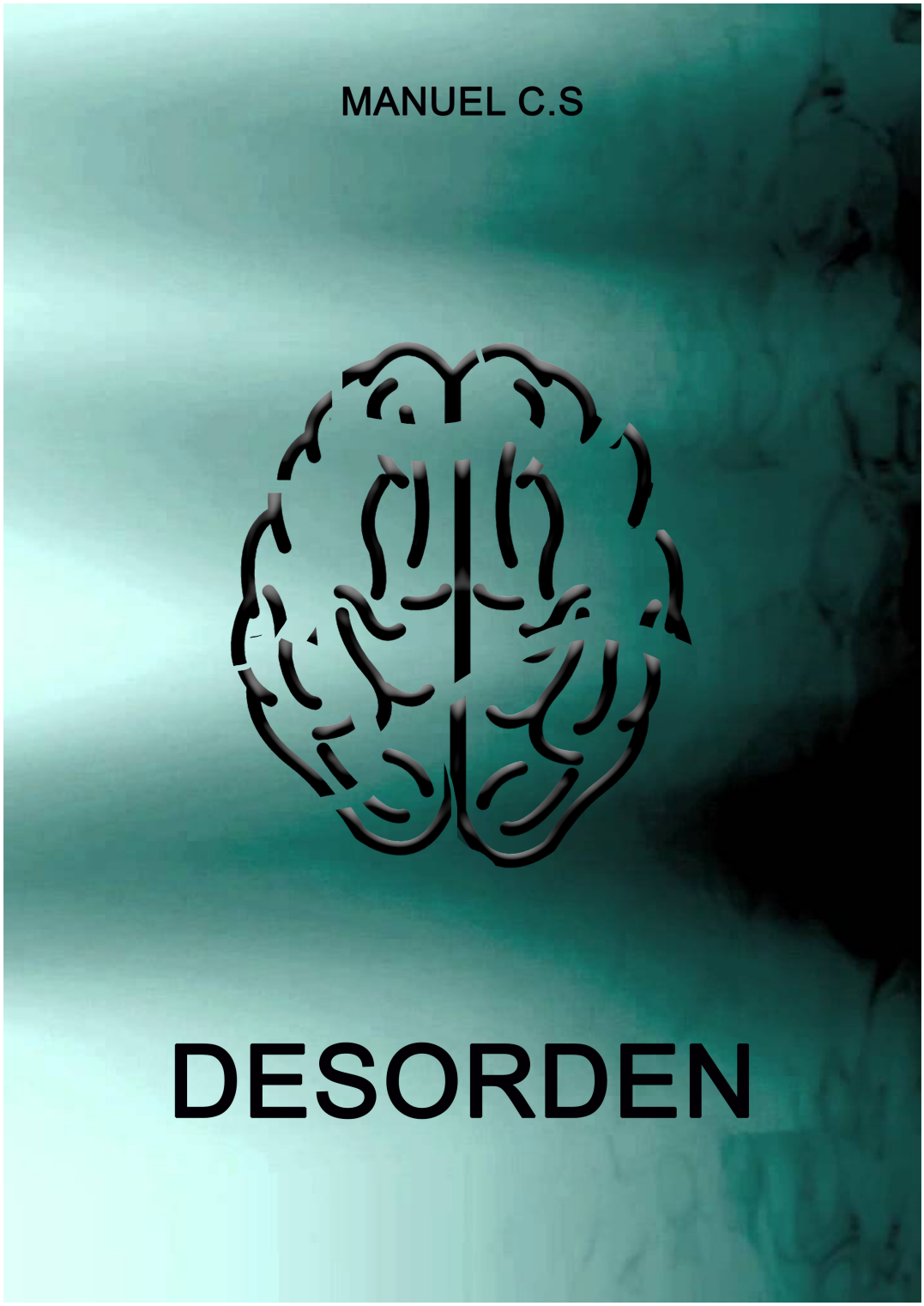
[Relato Corto] Desorden

Manuel C.S.



Capítulo 1

Primero un nombre, pero no es el tuyo. Una persona, y no eres tú.

Detrás mía la misma sonrisa embutida en un rostro negro, como un cepo para osos encajado en alquitrán. Siempre ella. Nunca otra. Siempre suya. Intento avisarte, pero el nombre que grito no es el tuyo, y la persona que veo no eres tú. ¿En que cajón guardo tu rostro y tu nombre?

Intento avisarte ¡Pero no escuchas! ¿Qué más da si eres tú tío, mi hijo o mi hermano? ¡Eso no importa! ¡Lo importante es que está justo detrás de ti! ¡Que ha vivido conmigo desde que nací y ahora sabe que me queda poco en este mundo! ¡Busca de quien alimentarse y te ha escogido a ti! ¿No lo ves? ¡Claro que no! Estoy enfermo, pero "ello" siempre estuvo conmigo antes de la enfermedad. Los recuerdos cambian de sitio y mi memoria es una librería con volúmenes desordenados, pero "ello" siempre ha estado, por eso no importa cual número vaya delante del anterior, porque siempre permaneció a mi lado, desde que me escogió, y ahora hará lo mismo contigo, y solo te darás cuenta cuando los mismos volúmenes que son tu historia tengan páginas arrancadas y cambiadas de sitio. Entonces lo verás, solo se muestra cuando ya es demasiado tarde, porque es mejor no ver, hasta que no queda nada más que ver que su oscuro cuerpo, casi humo, y su afilados colmillos sonrientes.

No lo hará. Te lo prometo.

Cruzo mi habitación de niño. Veo los rostros de los que murieron, algunos ancianos, otros en la flor de la vida. Me sonríen, pero solo son páginas desorganizadas. Lo sé, y a veces no lo sé, y entonces te llamo por el nombre de tu tío, y vuelvo a ser el mismo niño que jugaba en la misma habitación en la que un día velamos el cadáver de tu madre.

Cerillas, cerillas. ¿Dónde están?

El ser me persigue por la casa. Siempre se oculta donde sabe que más me duele mirar. A veces junto a los fantasmas que sé que no deberían estar. A veces junto a los retratos de aquel anciano decrépito en el que me he convertido. A veces detrás tuya, cuando te llamo por el nombre de tu tío, o me hablas de algo que, en mi mente, jamás sucedió. A veces su sonrisa se esconde en el agua de tus ojos, en tu rostro ceñudo, o incluso en tu sonrisa apagada cuando te digo que no quiero que nadie me cuide, y se alimenta sin abrir la boca, pues no lo necesita.

Encuentro la cocina, pero no las cerillas. Donde antes había un fogón ahora solo hay mármol negro, y el ser se oculta allí, en su reflejo. Cree que me ha vencido, pero se equivoca. Si las casas cambian, también sus

menesteres, y es mi deber, cambiar con ellas.

Tu madre fumaba ¿Lo sabías? Si el monstruo estuvo conmigo, ni siquiera debería saberlo él, pues lo hacía a escondidas. Yo lo intuía. Eso lo recuerdo. El olor a humo en la ropa, o puede que no. Puede que solo sea otra hoja cuyo número se haya perdido en el espacio y el tiempo. No tengo otra opción.

Entro en nuestro cuarto, y ella está sobre la cama, tumbada, pálida, con los brazos cruzados en cruz. El monstruo se oculta en ella, y su tez se oscurece a medida que mis lágrimas corren, y él se va saciando. No solo esta ella, también hay caras perdidas, acuarelas de un lienzo bajo la lluvia. Estas también tú, más joven, y también yo, más cuerdo. Nos obvio. Voy hacia el armario, donde aún deberían permanecer las cosas de tu madre.

Miro entre sus prendas ¿Son las suyas? Son de mujer, deben serlo. ¿Nunca las toqué u olvidé hacerlo? Huelen a ella. Luego el olor cambia, y entonces huelen a como debería oler ahora, a madera cerrada y gusanos. Encuentro un paquete de tabaco mohoso. Luego unas cerillas. ¡Las cerillas! Siempre estuvieron ahí, claro…

Enciende, enciende. El sonido del fosforo lo envuelve todo. Luego lo hace el fuego al devorar las ropas de tu madre. Los fantasmas siguen admirando su cadáver. A ninguno le importa el fuego, ni siquiera el humo. Cuando su cálido abrazo llega hasta a mí, miro al monstruo a los ojos y veo que al fin abre la boca, pero ya no le queda nada que comerse. No de mí. Y sin alimento, jamás podrá llegar hasta a ti. Entonces deberás soportar mi pérdida. Aprender de ella. Vivir con ella. Porque ahora soy un número más en las páginas de tu memoria, pues te lego mi librería. No es una buena historia, ni siquiera entretenida, pero está llena de besos y caricias.